

CARTA DEL DIPUTADO

JUAN A. MATEOS.

Señor Abad:

The Mexican Herald me ha traído la novedad de que usted me designaba, como miembro de un jurado, para resolver el negocio de la desaparición de la corona de la Virgen de Guadalupe. Si esto fuere cierto, doy á usted las gracias; y voy á ser tan explícito como acostumbro, no habiendo publicado esta carta en su oportunidad, por estar esperando se restableciera usted del ataque de *perniciosa* que le produjeron los sermones de las diócesis.

Este negocio, por lo baladí, debía resolverse en el locutorio de un convento, entre las tontunas de las monjas y las sandeces estudiadas de un capellán la dino; y lo someto á mi débil criterio, no porque me atreva á negarle á usted que el *milagro* es el único ingrediente que surte para cristianizar y mantener en la obediencia á los pueblos bárbaros, sino para desenmascarar la nueva superchería que tiende á poner una venda más espesa en los ojos de un pueblo fanatizado. Hablemos como dos hombres honrados, ó si usted gusta, simplemente como dos hombres.

Nosotros, Sr. Abad, somos augures y conocemos los secretos del culto. Ninguno de los dos creemos en la *aparición* ni en la *desaparición*. Yo soy autor dramático, sé cómo se hacen las transformaciones de magia á la vista del respetable público, y usted en su teatro mueve la maquinaria de los milagros. Somos discípulos de Hartzenbusch.

Hablaré del milagro del *doce de Diciembre* del año XXXI del siglo XVI. De ante mano sabía que era invención de un fraile de la Conquista; pero no me había preocupado hasta ahora que *EL UNIVERSAL* ha hecho trizas esa vieja historia y ha entregado el suceso de la *desaparición* al fuego de la burla pública. Confieso que estaba en un error histórico. Creía que Fray Juan de Zumárraga, que tanto amó á los indios, que escribió á Felipe II denunciando las horribles infamias consumadas por los conquistadores, había querido delante de las divinidades acuchilladas, darles un Dios á los oprimidos, un Dios de esperanza y de misericordia, y pensando allá en las vigiliadas de su celda, en la resurrección de una creencia, había tenido una de esas inspiraciones felices que llevan al espíritu un mundo de consuelo y á la imaginación un horizonte que se abre á las vagas esperanzas de los que sufren. Era la creación de un poeta, era una égloga de Virgilio.

Allá, en una pequeña montaña, último vástago de la cordillera que se asoma al espejo de las lagunas, teniendo á sus pies un manantial de aguas doradas, allí poner como una aparición celeste, no á la Virgen del Nazaret, con su cabello rubio y corriendo por sus venas la sangre de David; no á la mujer huyendo por las soledades del desierto, cobijada por las palmas del Egipto, abrigando á los próscriptos de la Palestina, al son lejano de las ondas del Nilo; no, sino á la Virgen meridional, con la frente tostada por el sol de nuestra zona, con su tez apiñonada y sus labios con los colores del granado; una imagen india como los ídolos despedazados, que bajaba de las cons

telaciones como las deidades paganas á vivir entre los oprimidos. Tomar por intermediario á un hijo de la raza esclava como testimonio de verdad, poner en sus manos las frescas rosas y estampar la imagen en un lienzo empapado en lágrimas y sangre, y ofrecer que aquella encarnación del poder y de la dulzura viviera siempre entre los esclavos, como la protesta del cielo contra las crueldades de la conquista ¡qué pensamiento tan feliz! ¡qué idea tan humanitaria! Delante de los altares derribados levantar el templo de una nueva civilización que comenzaba con una fábula, como todos los dogmas, y terminaría por hacer creyentes. Esta era la obra de un genio. Así, después se siguió en la vía de las sustituciones religiosas, el Sr. de Chalmá, con su rostro atezado; por que la raza oprimida aborrecía á los *blancos*: sabía que de las pupilas azules de Cortés se desprendían los relámpagos de la muerte y del exterminio, y así es como aquellas divinidades se naturalizaban mexicanas para la adoración de los indios. Hidalgo recogió todas estas supersticiones, las colocó en su bandera y arrastró á los hombres al combate. Aquella imagen estaba predestinada; presidió grandes batallas, tomó los arreos de la nobleza en los tiempos del primer imperio y hoy perece entre el escamoteo grosero de una impopular coronación.

En este estado las cosas, aparecen los escritos luminosos de García Icazbalceta, católico á todo trance y con un talento como el de San Bernardo, revelándonos que el suceso de la aparición fué posterior á Zumárraga, que este buen sacerdote murió sin haber tenido noticia de semejante milagro, que ni sus biógrafos, ni sus cartas á los reyes de España, ni sus manuscritos hablan de ese acontecimiento que debía ser el culminante de su apostolado en América. Que un padre Sanchez fué el autor de la leyenda, aplicándosela á una imagen de Guadalupe pintada aquí probablemente ó traída por un soldado de Cortés y colocada en un antiguo teocalí del Tepeyac. Resulta de estas investigaciones históricas, que las estatuas de Zumárraga y Juan Diego son unas mentiras de mármol, dos imposturas petrificadas sobre el altar de la Colegiata.

Abandonemos esa leyenda, que no nos avergüenza, porque en Francia, el centro de la cultura, ha aparecido la Virgen de Lourdes, invención novísima y no como la nuestra, que data de cuatro siglos, y levantada en los límites de dos barbaries, la india y la conquistadora, y ocupémonos en la cuestión del día: de la *desaparición* de la corona. Yo, Sr. Abad, pertenezco á la clase de los descreídos y usted á la clase de los hombres hábiles que necesitan no creer en lo sobrenatural para manejar con expedición los aparatos de la magia teológica. Estamos solos, muy lejos de los fanáticos que usted desprecia y de los creyentes por negocio, que podrían inquietarnos con su alharaca.

Esa imagen, que en figura, en historia y en nombre es igual á la de un pueblo de España, tenía una corona, como lo testifican las copias de hace siglos y la imagen que aparece en la bandera auténtica de la insurrección mexicana, depositada en el templo de las Capuchinas de la Villa.

Como el culto estaba manso, se necesitaba una